

¡Eh, muerte!, ¿pero dónde estás?

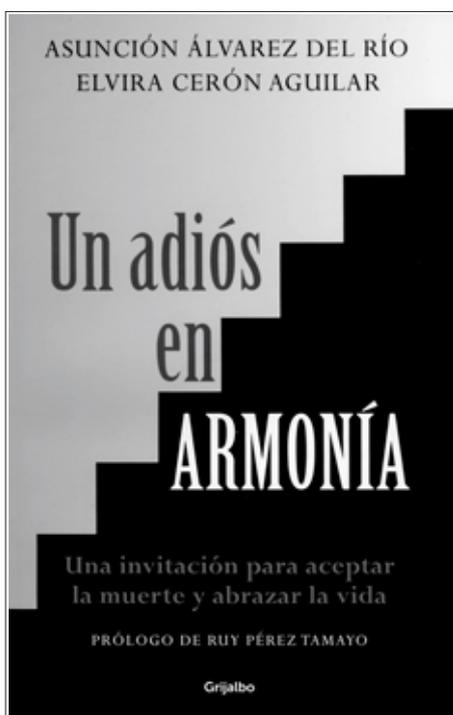
Myrna Ortega

Dicen los budistas que quien da la vida al mismo tiempo da la muerte. Es nuestra condición humana. La muerte está presente en nuestras vidas casi desde que tenemos conciencia. La muerte y el miedo a ella, el miedo a dejar de ser. La muerte de nuestros más queridos, la de los más cercanos, nuestra propia muerte. Está presente y determina buena parte de nuestras acciones conscientes o inconscientes. Le tenemos miedo. Hacemos lo que sea por evitarla, por retrasarla. Pero ahí está, inevitable. Ya nos habló de ello Freud y, después de él, lo hicieron prácticamente todos los psicólogos importantes. Pero también es cierto que la muerte, su inminencia, le da contención y valor a la vida. Podemos vislumbrar el sentido de nuestra estancia aquí en el mundo a partir de que sabemos que esta es finita. Por eso el aquí y ahora es valioso e irrecuperable. ¿Qué sería de nuestra pobre vida si no tuviera a la muerte como final? Eros y Thánatos.

Casi es un lugar común afirmar que la razón de la vida, el significado de ese aprendizaje que es el vivir, es prepararnos para encontrar nuestro sentido en el morir. Ya nos lo enseñó Iván Ílich, aquel entrañable personaje de Tolstoi que temía como nadie a la muerte y quien despilfarró su larga vida para llegar sólo en sus últimos instantes a encontrar el sentido de la vida y de la muerte. ¿Qué entrevió Iván Ílich entonces, en aquellos instantes próximos al final de su vida (y de la novela, por cierto) que no pudo ver antes? Desde esa mirada le dice a la tan temida:

“—¡Eh, muerte!, ¿pero dónde estás?”.

Y continúa en algunas líneas más del final de esa gran novela cuando el personaje central agoniza:



“Iván Ílich buscó el terror habitual que le inspiraba la muerte y ya no lo halló. No sentía terror ninguno. Por consiguiente, la muerte no existía. En su lugar había sólo luz.

“—¡Ah, luego esto es así! —dijo en voz alta—. ¡Qué alegría!

“Pasó aquello en un segundo y el significado de aquel momento no cambió. Mas para los asistentes que lo acompañaban en su lecho de muerte, su agonía había durado un par de horas.

“—Esto ha concluido —murmuró alguien detrás de él.

“Al escuchar aquellas palabras se dijo Iván Ílich interiormente:

“—Es la muerte la que ha concluido”.

Sí, Iván Ílich había vencido a la muerte entregándose a ella dulcemente, acogiéndola en paz. La muerte, cuando le llegó, se volvió para él en una pura ilusión.

Nunca había existido. ¿Qué es, entonces, la muerte?

En la actualidad, el trajín del día a día, las prisas por llegar, por volvernos, por ganar, por figurar o por lo que sea, nos dejan poco tiempo para pensar en la muerte, en la simple y contundente idea de que todo esto se va a acabar. Es más fácil distraernos con banalidades que pensar en el final. Y, sin embargo, de repente la recordamos y, más allá de lo que creamos que hay después de ella, nos preguntamos: ¿cómo esperamos nuestra propia muerte? ¿Cómo deberíamos construir nuestro día a día para morir como anhelamos? Pero, ¿existe una forma de morir mejor que otra si de todas maneras hemos de morir?

Hoy estamos aquí para darle la bienvenida a un libro que nos habla libremente y con sencillez de la muerte, que nos invita a verla de otra manera, a sonreírle y a hacerla nuestra cómplice. *Un adiós en armonía* de Elvira Cerón y Asunción Álvarez nos convoca a no temerle, a tratarla con naturalidad y, sobre todo, a integrarla a nuestro yo más íntimo. A no esperar hasta el último minuto para vivir la maravillosa experiencia de luz que recibe al final de su vida Iván Ílich.

Pero si el que comento es un libro que nos invita a morir en armonía, sobre todo nos convoca a vivir en armonía; nos invita a integrar nuestra muerte y la de nuestros más queridos como una realidad que enriquecerá nuestro día a día si la acogemos con serenidad. Es pues un libro que al hablar del morir habla sobre todo del vivir, como muy bien lo apunta el subtítulo del mismo que prácticamente resume su objetivo central: una invitación para aceptar la muerte y abrazar la vida.

El libro parte de un diálogo entre dos



Elvira Cerón Aguilar



Asunción Álvarez del Río

mujeres inteligentes y sensibles que conversan desde la academia y la práctica y desde dos posturas diferentes frente a la creencia en Dios y a la trascendencia. Ambas están comprometidas con entender el tránsito, con quitarle sus máscaras a la muerte para verla de frente, entenderla y dialogar también con ella. Nos hablan desde las entrañas de la experiencia, nos invitan a abrazar la muerte en armonía porque saben cómo hacerlo, porque han ayudado a otros muchos a transitar así por su propia muerte.

Más allá de las credenciales académicas de las autoras, que son varias y relevantes, quiero resaltar el espíritu con el que este libro está escrito, a partir de un diálogo donde las diferencias esenciales entre las autoras son puentes: van de lo intelectual a lo espiritual, de la práctica a la abstracción que conmueve. Las autoras aportan a esta reflexión sus propios miedos, sus deseos, sus esperanzas, sus largas horas de estudio y meditación sobre el tema y, sobre todo, sus experiencias personales. El meollo del libro lo constituye tanto la práctica profesional de Elvira Cerón, de muchas horas al lado del lecho del moribundo, como el interés científico (y personal, claro) de Asunción Álvarez por entender cómo concluir la vida con dignidad y en paz, morir en armonía y esperar con serenidad el final de la vida.

En este libro se tratan varios temas relacionados con la muerte: el duelo, el suicidio,

la muerte entre los niños, las etapas que transita la persona que sabe que pronto va a morir, la actitud del personal médico con respecto al paciente que muere, hasta nos recomiendan películas al respecto e incluyen un útil glosario, entre otros más. Quisiera mencionar un tema en particular que está muy bien tratado en el libro y que tiene que ver con la posibilidad de elegir cómo queremos vivir y morir y cómo no queremos vivir cuando estamos sufriendo a causa de una enfermedad: el de la eutanasia. Un tema complejo y muy discutido que nos incumbe como sociedad y que representa un camino por recorrer hoy aquí en nuestra Ciudad de México, en el año de 2015, una ciudad que se ha abierto a otras importantes y también controvertidas opciones de libertad pero que está todavía cerrada legalmente en el punto de darle a los ciudadanos la libertad de morir plenamente con dignidad. A este respecto, destaco la apertura con la que las autoras tocan este controvertido tema en el que los límites de lo prohibido y lo permitido son confusos y están empañados por prejuicios sociales y religiosos muy cuestionables. Un personaje de la novela sobre la muerte, *No hay tal lugar*, de Ignacio Solares, se pregunta por qué si el hombre, a diferencia de los animales que nacen y mueren con relativa facilidad (a menos de que se destruyan entre sí o los destruyamos nosotros), necesita ayuda para nacer, por qué no reconocerle también la necesi-

dad de contar con auxilio para des-nacer o al menos la seguridad de que tal ayuda estará a nuestra disposición para bien morir. Por eso los invito a no dejar de exigir a nuestras autoridades el derecho que tenemos, en pleno y responsable uso de nuestro libre albedrío, de elegir el momento y la forma para morir con dignidad cuando la medicina no pueda hacer más.

Felicito a Asunción Álvarez y a Elvira Cerón por este libro luminoso, escrito con la pasión y generosidad con la que han plasmado sus experiencias íntimas y personales. Pero, sobre todo y ante todo, se los agradezco. Sus lectores —que espero, estoy segura, serán muchos— seremos mejores personas a partir de esta lectura, tendremos algunas herramientas más para acompañar a quienes nos toque tener cerca en el tránsito hacia la muerte, a conectarnos con ellos y con lo que necesitan en ese momento difícil, y nos permitirá vivir con mayor plenitud nuestro presente con la confianza en el futuro de una muerte digna y serena.

Termino esta intervención recordando aquellos versos de Rilke: “Envíanos —oh Señor— la muerte que nos sea propia, / la muerte individual que nace con la vida, / y en la que cada hombre descubre el amor, la necesidad y el sentido”. **U**

Asunción Álvarez del Río y Elvira Cerón Aguilar, *Un adiós en armonía. Una invitación para aceptar la muerte y abrazar la vida*, Grijalbo, México, 2015, 184 pp.